

Alexis Ravelo

Los milagros prohibidos

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

«El 18 de julio de 1936...»	9
La memoria I	13
PRIMERA PARTE	
Un hombre concreto	17
La memoria II	83
SEGUNDA PARTE	
Taburiente	87
La memoria III	153
TERCERA PARTE	
Una eternidad profunda y azul	157
La memoria IV	199
CUARTA PARTE	
Casa segura	203
La memoria V	293
QUINTA PARTE	
Malpaíses	297
La memoria VI	325
<i>Nota del autor</i>	329

El 18 de julio de 1936, La Palma, una de las islas occidentales del archipiélago canario, se mantuvo fiel al Gobierno de la Segunda República durante un periodo de siete días que luego sería denominado la Semana Roja. Tras el desembarco de tropas del bando nacional y de voluntarios falangistas, los milicianos de izquierda huyeron a los montes para evitar una confrontación que habría involucrado a civiles.

A lo largo de tres años, mientras en la Península Ibérica se desarrollaba una larga y despiadada contienda, aquellos hombres y quienes formaron improvisadas redes de apoyo para auxiliarlos fueron cayendo en manos del Ejército, la Guardia Civil y los grupos paramilitares que operaban en la retaguardia. Su destino final fue diverso, así como su suerte. Algunos de ellos cumplieron largas sentencias de prisión o fueron fusilados. Otros duermen aún un sueño injusto en oscuras fosas sin epitafio. Unos pocos, no obstante, lograron resistir durante varios años o huyeron por mar tras largas peripecias.

La acción de esta novela transcurre en esa isla y en esos días en que a la miseria y el aislamiento se sumó la violencia. Y está dedicada a quienes se negaron a olvidar.

«No sabe pueblo ayuno temer muerte».

FRANCISCO DE QUEVEDO, *Tú, ya, ¡oh, ministro!...*

«Lo que importa y nos basta es la fe de uno».

LUIS CERNUDA, «1936», en *Desolación de la quimera*

La memoria I

Pues no sé yo decirle por qué los llevamos tan lejos, donde a Moisés se le cayeron las tablas de la ley. Eusebio, el Manoabierta, dijo que teníamos que ir a Fuencaliente y hasta allá nos llegamos. Así de simple. Yo era la primera vez que iba con ellos, pero por lo visto siempre era Eusebio el que decía adónde, cuándo y a qué se iba, y pobre del que le llevara la contraria. Esa vez los detenidos fueron tres. Iban en la parte de atrás del camión, engrillados, aunque tampoco hacían mucha falta los grilletes, porque los presos estaban flojos. Y no solo por las palizas que se habían llevado en el calabozo, que también, sino porque llevaban meses arriba en el monte, comiendo raíces y durmiendo al raso. Había uno con pinta de maestro escuela que no paraba de toser. Flaco como un tollo y amarillo como una batata. Yo creo que estaba tuberculoso y que se hubiera muerto él solito si lo hubiéramos dejado un par de días más en la celda. Nosotros no recuerdo bien si éramos siete u ocho, sin contar al chófer, pero sí que éramos todos de Falange, menos uno de Acción Ciudadana, que no logro yo ahora acordarme del nombre, carajo, pero que era amigo de Eusebio. Ellos iban en la caja del camión, con el chófer, y los otros íbamos detrás, con los presos. En una curva, Eusebio mandó parar, nos bajamos y caminamos un poco ladera arriba, buscando un sitio que fuera bien. En un momento dado llegamos a un claro y yo le dije a Eusebio que por qué no lo hacíamos allí y él me dijo que justo allí no podía ser porque en ese sitio ya había unos cuantos enterrados. Fíjate tú, que hasta me parece que estás pisando a

uno, me dijo. Así que seguimos caminando por ahí para arriba, hasta que Eusebio dijo que ya estaba bien. Marcó un cuadrado en el suelo y les dimos las palas y Eusebio les dijo a los tres que se pusieran a cavar. Nos sentamos a echar un cigarrillo y un bichito de coñac, porque el de Acción Ciudadana se había traído una botella de Tres Cepas. Mire usted cómo son las cosas de la memoria: no logro acordarme del nombre del tío de Acción Ciudadana, pero me acuerdo de la marca del coñac que solíamos tomar por aquella época. También recuerdo que hacía frío y que el coñac me vino bien. Yo siempre me he preguntado por qué cavaron. Piénselo, es una cosa curiosa: ¿qué es lo que hace que un hombre cave su propia tumba? Porque, si es seguro que te van a matar, ¿qué van a hacerte ya si te niegas a cavar? ¿Te van a despeinar? A lo mejor es que te dices: bueno, mientras estoy cavando, estoy vivo. O a lo mejor hay una especie de esperanza. Debe de ser eso: que siempre tienes la esperanza de que, en el fondo, solo lo estén haciendo para burlarse, para torturarte un poco más; la esperanza de que luego te digan que se acabó la broma y te lleven otra vez al calabozo. No sé, pero si a mí me dicen los que me van a matar que primero cave la tumba, yo les digo que la caven ellos y el alma que tienen y su puta madre en calzoncillos. O puede que no, porque uno no sabe qué va a hacer en esas situaciones. En fin, para no cansarlo: aquellos tres hicieron el agujero y, para cuando terminaron, nosotros ya nos habíamos bajado toda la botella. O, más bien, cuando nos acabamos la botella, Eusebio les dijo que pararan. El hoyo no era aún demasiado profundo, pero valdría. Entonces les quitamos las palas y Manoabierto les dijo que se metieran dentro. Yo pensé que les iba a preguntar si tenían algún último deseo o una última petición, y que después los íbamos a fusilar. Qué sé yo: eso es lo que siempre se dice que ocurre, ¿no? Pero la cosa fue distinta: Eusebio sacó la pistola y le pegó un tiro en la cabeza a cada uno. Fueron cayendo desplomados, uno tras otro. El tuberculoso aún se movía cuando empezamos a echarles tierra encima. Incluso le escuché un quejido. Pero según lo cubrimos, dejó de oírse. Llenamos el agujero y lo aplanamos pateando sobre la tierra removida, en círculos. Después Eusebio se sacó la pinga y meó encima de la tumba. El de Acción Ciudadana em-

pezó a descojonarse y también se abrió la bragueta y se puso a orinar. Ya sé que es feo, pero así fue. Cuando nos volvimos para el camión, ya estaba empezando a amanecer. Orgullosos no estoy, pero era mi deber. Qué se le va a hacer. Cosas de la guerra.

PRIMERA PARTE
Un hombre concreto

«... pedía para bien general la cooperación de los amantes hijos de esta noble tierra, para hacer morder el polvo a todo esto que ha sido la ruina de todo cuanto nos brindaba el progreso».

«El recibimiento de ayer al general Dolla Lahoz»,
Diario de Avisos, La Palma, 20 de noviembre de 1936

El niño miró hacia el bosque y supo que no estaba solo.

El niño era un niño, pero el campo y sus trabajos lo habían hecho ya más hombre que niño. Quizá por eso tenía mañas de viejo, andares de arriero, aquella forma casi prístina de fruncir el ceño bajo la cabeza que su madre le hacía rapar para evitar las liendres. Por eso, porque habitaba ya en él un hombre pequeñito y resabiado, no entró en pánico ni echó a correr. Al despiste, como por juego, tomó del camino una piedra del tamaño de una cebolla y continuó andando, grave y lento, haciéndose el macho, consciente de que entre los helechos que había a su diestra algo se desplazaba en paralelo a él, intentando no hacer ruido. Y ese algo no era ningún animal, a no ser que los animales se vistan con camisas blancas como aquella que el niño había podido entrever tras el denso verdor. Ya no había duda: quienquiera que fuese el que estaba allí, en la espesura, era un ser humano y lo estaba siguiendo sin mostrarse, por lo cual era muy posible que no albergara buenas intenciones. Se preguntó si sería buena idea correr. Se contestó que no: iba demasiado cargado. Si huía, tendría que abandonar allí la carga. Y esa no era una opción imaginable en un mundo como el suyo, cuando lo que se carga es comida. Sopesó el asunto durante un rato y, al fin, la temeridad del niño acabó venciendo a la prudencia del hombre pequeñito y, casi sin advertírselo a sí mismo, volvió a detenerse, soltó el saco y se giró hacia su derecha, mostrando la piedra y lanzando en voz alta un Quién anda ahí.

Durante unos instantes solo hubo silencio, ulular de tórtolas, revuelo asustadizo de pinzones entre las copas de los tiles. El niño alzó más la voz para repetir la pregunta. Luego dio unos pasos atrás, cogió otra piedra y se aprestó a arrojar la primera.

—Gente de bien —contestó una voz de hombre, rasposa y tímida.

—¡La gente de bien no se esconde!

Al decir esto, al niño se le escapó un gallo en el que se combinaron la inquietud, el intento de impostar la voz y el lindo canturreo del acento palmero. Después se hizo otro silencio más largo, más denso. Y volvió a oírse la voz tras los helechos.

—Voy a salir, pero no se me asuste, que no le voy a hacer nada.

Las frondas se removieron y el niño pudo observar la figura alta y desgarbada. La camisa del hombre era, efectivamente, blanca. O, más bien, lo había sido hacía mucho, porque lucía manchurrónes de tierra, sudor y savia de vaya usted a saber qué plantas. Además, carecía de cuello y tenía varios rotos en los codos. Los pantalones eran de tergal gris con lamparones aquí y allá. Los zapatos estaban destrozados de andar por terrenos para los que no habían sido fabricados. El hombre estaba greñudo, despeluzado, y una barba entrecana le había crecido hasta casi la nuez de Adán, afilada por el hambre. Llevaba un morral cruzado en bandolera con una soga de pita y, bajo el brazo, una chaqueta hecha un barullo. Por la cintura del pantalón le sobresalía la empuñadura de un revólver.

Tras mostrarse por completo, el hombre se quedó allí, en pie, al borde del camino.

—Usted es uno de los que se fueron pa'arriba —adivinó el niño.

El hombre asintió.

A los que se habían echado al monte los llamaban alzados. El niño no acababa de entender bien por qué pero sus padres le habían advertido que tuviera cuidado, que no se relacionara con ellos, gente peligrosa que se ocultaba en las cuevas o los pajeros, robando comida y hasta disparando si se daba ocasión. Él había respondido que Paco el de la zapatería, y hasta don Roque el guardia, andaban también en el monte y que ellos no parecían

peligrosos. Al decir esto, se había llevado un cogotazo de su madre y una reprimenda de su padre. Si ellos decían que eran gente peligrosa, eran gente peligrosa. Y punto en boca. Y si se encontraba con alguno de ellos no tenía que darles ni el hola y debía salir corriendo al puesto de la Guardia Civil o avisar a los de Falange.

Pero el niño tenía ahora ahí, a cuatro o cinco metros, a uno de aquellos hombres. Y no había salido corriendo. De hecho, no habría sabido decir en ese instante cuál era el puesto de la Guardia Civil más cercano al Cubo de La Galga ni dónde podría haber falangistas a los que avisar. El hombre se había sentado sobre una roca, como si al mostrarse se hubiese quitado un peso de encima.

—¿Por qué me estaba acechando?

—No lo acechaba. Bueno, no al principio. Lo oí subir por el barranco y lo estuve mirando un rato.

El niño se preguntó por qué el hombre lo trataba de usted. Y de qué le sonaba aquella voz que, al hablar, entremezclaba lo godo y lo andaluz con la suavidad isleña de las consonantes. Pero más le interesó averiguar otra cosa.

—¿Y para qué me estuvo mirando, si se puede saber?

—Para ver si era de fiar. Y ya veo que sí, Arvelo.

El niño dio un respingo.

—¿Cómo sabe el apellido mío?

—¿Tanto cambié? ¿No me reconoce?

El niño lo observó largamente. La voz y el acento ya le sonaban de algo. De apenas empezó a encontrar también algo familiar en la ropa, en los modales, en los ojos de aquel hombre flaco y sucio. Y también de apenas le llegó desde el fondo de la memoria el olor de la tiza y el sudor, del libro de instrucción, el calor del aula atestada de niños como él, mal aseados y peor desayunados. Al final, los ojos se le abrieron como platos, su boca dibujó una O.

—¿Don Agustín?

—Eso es. El mismo que le suspendió a usted las matemáticas. Dígame, ¿cómo las lleva?

Arvelo se encogió de hombros y agachó la cabeza.

—Así así, don Agustín. Hago la libreta que me mandó usted. Las sumas y las restas, bien. Y las tablas las voy aprendiendo. Pero las divisiones...

—Bueno, tenga paciencia. Se lo tengo dicho, Arvelo: la paciencia es la madre de la ciencia.

El niño, de pronto, miró las piedras en sus manos y las sintió ajenas, como si alguien se las hubiera puesto allí y solo en ese instante las viese por primera vez. Las dejó caer, avergonzado. Fue relajando la postura hasta que, a unos metros de donde estaba don Agustín, halló un tocón sobre el que sentarse él también.

El maestro había ido sacándose de los bolsillos un poco de picadura y un librito de papel de fumar, y se aplicaba a la tarea de armar un cigarro, aparentemente ajeno a su presencia.

—Perdone que no lo reconociera, don Agustín.

—Lógico es, Arvelo. Lógico es. Hace mucho que no me miro al espejo, pero seguro que estoy hecho un eccehomo, con estas pintas de Ben Gunn que llevo...

El niño se preguntó de qué le sonaba el nombre de Ben Gunn. Luego recordó una historia de piratas que don Agustín les había contado. Parecía haber sido hacía lustros, aunque apenas hacía unos meses. Las cosas habían cambiado tanto que daba la impresión de que llevaba siglos sin ver al maestro.

—¿Y qué hace caminando por aquí usted solo?

—Hago el camino una vez por semana, don Agustín. —Arvelo señaló el saco—. Llevo un recado ca'mi tía, que vive allá arriba, en Los Galguitos.

Agustín asintió.

—¿Y usted, don Agustín? ¿Por qué está aquí?

El hombre se preguntó por un momento si convenía contarle al niño que se iba hacia el sur arrimándose a barrancos, bosques y cuevas que lo ocultasen de todo aquel que pudiera prenderlo o denunciarlo; que se dirigía a Malpaíses en busca de un hombre llamado Justino Paz. Finalmente determinó que no, que no convenía contárselo. Que lo mejor era buscar una vaga explicación.

—Bueno, ando por aquí y por allá, esperando a que todo esto se acabe.

Guardó el librito y la bolsa de picadura, ya casi vacía, y sacó una fosforera para prender el cigarrito sostenido entre los labios. Exhaló la primera bocanada con fruición.

— Ah. Esto no es sano, pero por lo menos engaña el hambre.

— ¿No desayunó?

Agustín soltó una carcajada de sarcasmo.

— Arvelo, querido: no recuerdo la última vez que desayuné.

Arvelo se levantó y fue hasta donde había dejado el saco. Comenzó a extraer pequeños envoltorios de él. La mayor parte eran atados de paño y paquetes hechos con periódicos. Aprovechó una de las hojas para hacer uno nuevo, en el que fue colocando un poco de cada una de las cosas que llevaba. Esto Agustín solamente pudo suponerlo, porque el cuerpo agachado del niño le ocultaba la maniobra. Únicamente cuando Arvelo acabó la operación y volvió junto a él, vio lo que el crío le había puesto sobre el regazo: unos cuantos higos, tres plátanos y un trozo de caña de azúcar.

— Vaya envolviéndolos — dijo, regresando al zurrón y sacando un cartuchito de papel de estraza, que también le entregó—. Esto es un poquito de gofio. No puedo darle más.

Agustín lo miró a los ojos, y el niño vio moverse en su garganta aquella enorme nuez de Adán, que se desplazó arriba y abajo varias veces, convulsivamente.

— Me está dando usted muchísimo más de lo que cree, Arvelo. Muchísimas gracias — dijo el hombre, adelantando una mano y abarcando con ella la mejilla y la oreja del niño. La dejó allí un momento, pero, al ver que el chiquillo se ruborizaba, la retiró.

Lo observó regresar una vez más al saco, cerrarlo y volver a su tocón. Luego le preguntó si su tía no notaría que faltaban aquellos alimentos.

— Usted no se preocupe, don Agustín. Veces le llevo más, veces menos: depende de lo que mi madre le pueda mandar. Hoy iba cargadito.

— Arvelo, usted sabe que no debe decir a nadie que habló conmigo, ¿verdad?

El hombre pequeñito que habitaba en el niño se hizo más grande y le enderezó la espalda.

—Pues claro, don Agustín. Si mi padre se entera, me da con el cinto.

El maestro se comió un par de higos, con rapidez, casi atragantándose. Se guardó el resto en el morral, salvo la caña de azúcar: esta comenzó a masticarla y chuparla para extraerle el dulzor.

—Su padre tiene familia en Santa Cruz, ¿verdad, Arvelo?

—Sí. Mi abuela Chonita vive allí, en el Puente.

—Mi suegro no vive lejos —dijo Agustín—. Un poco más arriba, por la calle Ancha. En la casa grande que hay justo donde la fuente. —Hizo una pausa, para comprobar que el niño había entendido las señas y, solo cuando este había asentido, añadió—: Usted va a ver a su abuela de vez en cuando, ¿no?

—Todos los domingos, con mis padres y mi hermana.

Agustín se quedó pensando unos momentos. El niño guardaba silencio, mirándolo, adivinando que el maestro buscaba el modo de formular una propuesta.

—Arvelo, me preguntaba si usted podría hacerme un último favor.

El niño se encogió de hombros.

—Depende, don Agustín.

—Es algo sencillo, si usted no se lo cuenta a nadie.

—A ver...

—Cuando vaya el domingo a ver a su abuela, ¿sería usted capaz de hacerle llegar un recado a mi mujer? No tendría ni que hablar con ella. Yo le escribo una notita y usted, cuando nadie lo vea, se la echa por debajo de la puerta de casa de mis suegros.

Arvelo meditó un instante. Sabía que era arriesgado estar allí con el que había sido su maestro —quien, seguro, no volvería a serlo—, que también era arriesgado hablar con él y, mucho más, haberlo ayudado dándole comida. Pero hacerle aquel recado era todavía más peligroso. Recordó mucho mejor la historia de piratas. Y ahora el maestro no era como Ben Gunn, sino como el pirata de la pata de palo, John Silver el Largo, aquel que al principio engañaba, pero luego defendía, al niño del cuento.

—¿Se acuerda de aquella historia de piratas que nos contó? Donde salía Ben Gunn.

—Pues claro, Arvelo. Esa era *La isla del tesoro*.

—Esa. El muchacho del cuento, el niño... ¿Cómo se llamaba?
El maestro hizo rápida memoria. Era casi la única de sus facultades que permanecía intacta.

—Jim Hawkins.

—Jim Hawkins... —repitió Arvelo, como ensimismado, pronunciándolo a su manera, pero paladeando el nombre. Luego volvió a murmurarlo varias veces, como para no olvidarlo—: Yo le hago el recado, don Agustín. Pero ándese rapidito, que si tardo más en llegar ca'mi tía me voy a llevar una tollina.

El maestro se apresuró a sacar una libretita y un lápiz muy gastado. El niño sintió lástima al verlo manejar aquel pobre recado de escribir. Se le hacía muy raro verlo así, a él, que siempre había ido muy limpio y aseado, que les miraba las uñas y detrás de las orejas para comprobar que se habían lavado bien. Pero, no sabía por qué, lo que más tristeza le producía era la sonrisa infantil que, mientras escribía, se le había pintado en el rostro.